

## La comida y el sacrificio en el magisterio

*Abad Denis LE PIVAIN (Francia )<sup>1</sup>*

Tomaré como punto de partida un texto que, sin ser propiamente del magisterio, expresa sin embargo el pensamiento del sumo pontífice Juan Pablo II como autor privado. Se trata de algunos extractos de su libro autobiográfico sobre su vocación, *Mi vocación, don y misterio*, libro escrito con motivo de su jubileo sacerdotal y que pretende explicar el sentido de su vocación y, por tanto, también el sentido del sacerdocio.

El auténtico sentido del sacerdocio de Cristo siempre me ha parecido extraordinariamente elocuente en las letanías que solíamos recitar en el seminario de Cracovia, en particular en la víspera de la ordenación sacerdotal. Me refiero a *las Letanías de Cristo, Sacerdote y Víctima*. ¡Qué profundas reflexiones suscitaban en mí! En el sacrificio de la Cruz, representado y actualizado en cada Eucaristía, Cristo se ofrece a sí mismo por la salvación del mundo. Las invocaciones litánicas repasan los diferentes aspectos del misterio. Me vienen a la memoria con el evocador simbolismo de las imágenes bíblicas con las que están tejidas. Todavía las tengo en los labios en latín, lengua en la que las recité durante el seminario, y luego muchas veces en los años siguientes. (p. 93)<sup>2</sup> Estas líneas pretenden esclarecer el sacerdocio de Cristo continuado a través de los sacerdotes, dar como su identidad, pero una identidad que no es separable de la Eucaristía:

«Durante la misa, tras la transustanciación, el sacerdote pronuncia las palabras: *Mysterium fidei* —¡Misterio de la fe! Son palabras que se refieren evidentemente a la Eucaristía. Pero, en cierto modo, también se refieren al sacerdocio. No existe Eucaristía sin sacerdocio, del mismo modo que no existe sacerdocio sin Eucaristía» (p. 91). «Cincuenta años después de mi ordenación, puedo decir que cada día encuentro más, en este *Mysterium Fidei*, el sentido de mi sacerdocio» (p. 92).

De estas afirmaciones se desprende que, por la Eucaristía a la que está ordenado, «el sacerdocio de todos los sacerdotes se inscribe en el misterio de la Redención». (p. 95). Porque la Eucaristía no es separable del sacrificio de la Cruz. Este vínculo de la Eucaristía con el sacrificio de la Cruz se resume así: ella lo representa y lo actualiza sacramentalmente. Esto significa, por tanto, que la misa, al igual que ya la Última Cena, no tiene otro contenido propio que el de realizar en un lugar y en un tiempo el único

---

<sup>1</sup> Conferencia pronunciada en el III Coloquio CIEL en Versalles, octubre de 1997.

<sup>2</sup> Este es el sentido de las siguientes invocaciones extraídas de las letanías:

- «Jesucristo, que en la Última Cena instituyó el memorial de tu sacrificio».

- «Por ese mismo sacrificio renovado cada día en el altar, Jesucristo, líbranos».

sacrificio redentor y a unir a los fieles en él. El modo sacramental de la existencia de la misa se refiere a un primer hecho consumado que es la Cruz, al que todos los fieles están invitados a comulgar para vivir de Dios.

Para el papa Juan Pablo II, la Eucaristía no es, por tanto, separable del sacrificio de la Cruz.

### **La comunión eucarística tiene una dimensión sacrificial**

Esta verdad se afirma con fuerza ya en la encíclica de Juan Pablo II sobre Cristo Redentor, la primera de una trilogía junto con la de la misericordia del Padre y la del Espíritu Santo:

«La Eucaristía es el sacramento más perfecto de la unión con Cristo. Pero solo estamos unidos a Cristo a través del acto redentor de su sacrificio». Este sacramento «es al mismo tiempo sacramento y sacrificio, sacramento y comunión, sacramento y presencia. Y aunque es cierto que la Eucaristía fue siempre y debe seguir siendo la revelación más profunda y la mejor celebración de la fraternidad de los discípulos de Cristo y de quienes dan testimonio de él, no puede ser tratada únicamente como una ocasión para manifestar esta fraternidad» (R.H.20).

Así, la Eucaristía-comunión, el *convivium* o comida, es ante todo comunión con el sacrificio hecho presente. Esta verdad se expone ampliamente a lo largo de la encíclica del papa Pío XII sobre la liturgia, *Mediator Dei*, cuyo cincuentenario celebraremos el próximo 20 de noviembre. Para Pío XII, la participación activa de los fieles, altamente recomendada por todos los papas de este siglo, y que culmina en la comunión sacramental, es una participación en el sacrificio de Cristo: recibir el cuerpo de Cristo en la mesa santa es comulgar en su sacrificio y actualizar en nosotros la Redención. Por ello, no podemos sino alabar la reforma que restableció la comunión de los fieles durante la celebración de la misa. E incluso la recomendación, cuando sea posible, de comulgar con hostias consagradas durante la misma misa. Al no poder citarlo todo, me limitaré a exponer las líneas generales del razonamiento de Pío XII en *Mediator Dei*:

El sacrificio redentor de la Cruz es único e infinito:

El apóstol de los gentiles, al proclamar la sobreabundante plenitud y perfección del sacrificio de la Cruz, declaró que Cristo, con una sola ofrenda, ha perfeccionado para siempre a todos los santificados (cf. Heb., X, 14). De hecho, los méritos de este sacrificio, infinitos e inconmensurables, no tienen límite: se extienden a la universalidad de los hombres de todos los lugares y de todos los tiempos, porque el Hombre-Dios es su Sacerdote y su Víctima; porque su inmolación, al igual que su obediencia a la voluntad del Padre eterno, fue absolutamente perfecta, y porque quiso morir como Cabeza del género humano.

Su eficacia debe extenderse a todos los hombres:

Esta redención, sin embargo, no alcanza de inmediato su pleno efecto: es necesario que Cristo, después de haber redimido al mundo al precio muy precioso de sí mismo, entre efectivamente en posesión real de las almas de los hombres. Por lo tanto, para que su Redención y su salvación, en lo que respecta a los individuos y a todas las generaciones que se sucederán hasta el fin de los siglos, se realicen y sean aceptadas por Dios, es absolutamente necesario que cada hombre en particular entre en contacto vital con el sacrificio de la Cruz, y que, por lo tanto, le sean transmitidos los méritos que de él se derivan. Se puede decir, en cierto modo, que en el Calvario Cristo estableció una piscina de expiación y salvación, que llenó con su sangre derramada, pero si los hombres no se sumergen en sus aguas y no lavan allí las manchas de sus faltas, no pueden, sin duda, obtener purificación ni salvación.

La Eucaristía es, pues, la prolongación del sacrificio redentor:

Pero es necesaria la colaboración de los fieles. Para que, pues, cada pecador sea purificado en la sangre del Cordero, los cristianos deben necesariamente unir su obra a la de Cristo. Si, hablando en general, se puede decir, en efecto, que Cristo ha reconciliado con su Padre a toda la humanidad mediante su muerte sangrienta, ha querido, sin embargo, que para obtener los frutos salvíficos producidos por él en la cruz, todos fueran conducidos y llevados a su cruz, principalmente por los sacramentos y por el sacrificio eucarístico. En esta participación actual y personal, así como los miembros adquieren cada día una mayor semejanza con su divino Jefe, así también la vida salvífica que emana del Jefe se comunica a los miembros, de modo que podemos repetir las palabras de san Pablo: «Ya no soy yo quien vive, sino que es Cristo quien vive en mí» (Gálatas 2, 19-20).

Ahora bien, el santo sacrificio del altar es como el instrumento por excelencia mediante el cual se distribuyen los méritos procedentes de la cruz del divino Redentor.

Participación de todos los fieles en el sacrificio eucarístico:

«Es necesario, pues, venerables hermanos, que todos los cristianos consideren como un deber principal y un honor supremo participar en el sacrificio eucarístico, y esto no de manera pasiva y descuidada, pensando en otra cosa, sino con una atención y un fervor que los unan estrechamente al Sumo Sacerdote».

Resulta evidente, como afirmaba Juan Pablo II, que la comunión con Cristo, realizada plenamente en el *convivium* de la mesa santa, es una comunión de Cristo Sacerdote y Víctima, incluso, a su manera, para los fieles.

Por lo demás, Cristo, en su obra, es la cabeza de un cuerpo que debe recorrer el mismo camino:

Sin duda, Cristo es sacerdote, pero lo es para nosotros, no para sí mismo, pues presenta al Padre Eterno oraciones y sentimientos religiosos en nombre de toda la humanidad. Del mismo modo, es víctima, pero para nosotros, ya que se pone a sí mismo en el lugar del hombre culpable. La palabra del Apóstol: «Tened en vosotros los sentimientos que había en Cristo Jesús», pide, pues, a todos los cristianos que reproduzcan, en la medida en que sea humanamente posible, los sentimientos que animaban al divino Redentor cuando ofrecía el sacrificio de sí mismo, es decir, que reproduzcan su humilde sumisión de espíritu, que adoren, honren, alaben y den gracias a la soberana majestad de Dios. Les pide además que asuman, en cierto modo, la condición de víctima...

Sin embargo, del hecho de que los cristianos participen en el sacrificio eucarístico no se deduce que disfruten igualmente del poder sacerdotal. Es absolutamente necesario que expongáis esto claramente ante los ojos de vuestros fieles».

Los propios fieles participan activamente en el sacrificio, son miembros de la Iglesia que, en Cristo, es ofrenda y ofrenda, sacerdote y víctima.

### **La Iglesia ofrente: «participación en la medida en que la ofrecen junto con el sacerdote.**

Estas verdades son de fe cierta; sin embargo, los fieles también ofrecen a la Víctima divina, pero de manera diferente.

### ***Así lo afirma la Iglesia***

Esto ya ha sido afirmado muy claramente por algunos de nuestros predecesores y por los doctores de la Iglesia. «No solo —así dice Inocencio III, de inmortal memoria— ofrecen los sacerdotes, sino también todos los fieles, pues lo que se realiza de manera especial por el ministerio de los sacerdotes se hace de manera universal por el voto de los fieles» (*De sacro altaris Mysterior*, III, 6).

### ***Esto queda expresado en los propios ritos***

Los ritos y las oraciones del sacrificio eucarístico no expresan ni manifiestan menos claramente que la oblación de la víctima es realizada por los sacerdotes al mismo tiempo que por el pueblo. En efecto, no solo después de la ofrenda del pan y del vino, el ministro del sacrificio, volviéndose hacia el pueblo, dice expresamente: «que mi sacrificio, que es también el vuestro, encuentre acogida ante Dios, el Padre todopoderoso», sino que, además, las oraciones mediante las cuales se ofrece a Dios la divina hostia están formuladas, en la mayoría de los casos, en plural, y en ellas se indica más de una vez que el pueblo, también él, participa en este augusto sacrificio en cuanto que lo ofrece. En él se encuentra, por ejemplo: «Te rogamos, pues, Señor, que acojas con corazón apaciguado esta ofrenda de tus siervos y de toda tu familia...

Nosotros, tus siervos, junto con tu pueblo santo, ofrecemos a tu gloriosa Majestad lo que tú mismo nos has dado y nos das, la hostia pura, la hostia santa, la hostia inmaculada».

### ***Ofrenda del pan y del vino por parte de los fieles***

A veces —lo que antes ocurría con más frecuencia— los fieles ofrecen a los ministros del altar el pan y el vino para que se conviertan en el cuerpo y la sangre de Cristo; la limosna, por fin, que dan al sacerdote tiene por objeto que se ofrezca la divina Víctima por ellos mismos.

### ***Sacrificio ofrecido por los fieles***

Para no dar lugar a errores perniciosos en esta materia tan importante, hay que precisar con exactitud el sentido de la palabra. La inmolación incruenta, por medio de la cual, tras las palabras de la consagración, Cristo se hace presente en el altar en calidad de víctima, es realizada únicamente por el sacerdote en cuanto representa a la persona de Cristo, no en cuanto representa a la persona de los fieles. Pero, al colocar el sacerdote la víctima divina sobre el altar, la presenta a Dios Padre como ofrenda, para la gloria de la Santísima Trinidad y el bien de toda la Iglesia. Ahora bien, en esta oblación, en sentido estricto, los cristianos participan a su manera y de doble forma, no solo porque ofrecen el sacrificio por medio del sacerdote, sino también porque lo ofrecen con él, en cierto modo, y esta participación hace que la ofrenda del pueblo se vincule al culto litúrgico mismo. Que los fieles, por medio del sacerdote, ofrecen el sacrificio, se desprende con evidencia del hecho de que el ministro del altar representa a Cristo como jefe que ofrece en nombre de todos sus miembros; por eso se dice, con razón, que la Iglesia universal presenta por medio de Cristo la ofrenda de la víctima. Si el pueblo ofrece al mismo tiempo que el sacerdote, no es porque los miembros de la Iglesia realicen el rito litúrgico visible de la misma manera que el propio sacerdote, lo cual corresponde únicamente al ministro delegado por Dios para ello, sino porque une sus votos de alabanza, de súplica, de expiación y de acción de gracias a los votos o intenciones mentales del sacerdote, e incluso del Sumo Sacerdote, para presentarlos a Dios Padre en el mismo rito exterior del sacerdote que ofrece la víctima. El rito exterior del sacrificio, en efecto, debe necesariamente, por su naturaleza, manifestar el culto interior; ahora bien, el sacrificio de la Nueva Ley significa el homenaje supremo por el cual el principal ofrendante, que es Cristo, y con Él y por Él todos sus miembros místicos, rinden a Dios el honor y el respeto que le son debidos».

### **La Iglesia ofrecida. «Participación en la medida en que deben ofrecerse ellos mismos como víctimas.**

Para que la oblación, mediante la cual en este sacrificio ofrecen al Padre celestial la Víctima divina, surta pleno efecto, es necesario además que los cristianos añadan algo: deben

immolarse a sí mismos como víctimas. Esta inmolación no se reduce únicamente al sacrificio litúrgico...

### *Al purificar su alma*

En los libros litúrgicos, se invita a los cristianos que se acercan al altar a participar en las ceremonias: «Que en este altar sea honrada la inocencia, inmolado el orgullo, sofocada la ira; que la lujuria y todo desorden sean abatidos; que, a modo de tórtolas, se ofrezca el sacrificio de la castidad, y en lugar de los polluelos de paloma, el sacrificio de la inocencia» (consagración del altar). Cuando estamos ante el altar, debemos, pues, transformar nuestra alma; todo lo que en ella es pecado debe ser completamente sofocado; todo lo que, por Cristo, engendra la vida sobrenatural debe ser vigorosamente restaurado y fortalecido, de modo que nos convirtamos, junto con la hostia inmaculada, en una sola víctima agradable al Padre eterno.

### *Al reproducir la imagen de Jesucristo*

Todos los elementos de la liturgia incitan, pues, a nuestra alma a reproducir en sí misma, por el misterio de la Cruz, la imagen de nuestro divino Redentor, según estas palabras del Apóstol: «Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí» (Gálatas, II, 19-20). De este modo nos convertimos en hostia con Cristo para mayor gloria del Padre.

Es, pues, hacia este ideal hacia donde los cristianos deben orientar y elevar su alma cuando ofrecen a la divina Víctima en el sacrificio eucarístico. Si, en efecto, como escribe san Agustín, sobre la mesa del Señor mismo descansa nuestro misterio, es decir, el mismo Cristo Señor, en cuanto que es Cabeza y símbolo de esa unión por la cual somos el Cuerpo de Cristo (cf. 1 Cor. 12, 27) y los miembros de su Cuerpo (cf. Ef. 5, 30); si san Roberto Belarmino enseña, según el espíritu del Doctor de Hipona, que en el sacrificio del altar se expresa el sacrificio general por el cual todo el Cuerpo místico de Cristo, es decir, toda la ciudad redimida, se ofrece a Dios por medio de Cristo, Sumo Sacerdote, no se puede imaginar nada más conveniente y más justo que inmolarnos todos al Padre eterno con nuestro Jefe, que ha sufrido por nosotros. En el sacramento del altar, en efecto, según el mismo Agustín, se demuestra a la Iglesia que en el sacrificio que ofrece, ella misma es ofrecida.

Que los fieles consideren, pues, a qué dignidad los ha elevado el baño sagrado del bautismo, y que no se contenten con participar en el sacrificio eucarístico con la intención general que conviene a los miembros de Cristo y a los hijos de la Iglesia, sino que, según el espíritu de la santa liturgia, libremente e íntimamente unidos al Sumo Sacerdote y a su ministro en la tierra, se unan a él de manera especial en el momento de la consagración de la divina hostia, y que la ofrezcan con

él cuando se pronuncian las solemnes palabras: «Por Él, con Él y en Él, a Ti, Dios Padre todopoderoso, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos», palabras a las que el pueblo responde: «Amén». Y que los cristianos no olviden, junto con el divino Jefe crucificado, ofrecerse a sí mismos y sus preocupaciones, sus dolores, sus angustias, sus miserias y sus necesidades».

A modo de conclusión sobre este punto: «Considerar la misa únicamente como un banquete en el que se participa al recibir el cuerpo de Cristo, para manifestar sobre todo la comunión fraterna» (carta del Jueves Santo de 1980, n.º 9) no es suficiente. Tal reducción explica, por otra parte, que todos los participantes comulguen a menudo sin el discernimiento suficiente.

La Santa Misa es un banquete, sí, pero un banquete sacrificial, de unión con Cristo en el sacrificio de la Cruz, actualizado.

### **La Eucaristía tiene también una dimensión eclesial y comunitaria: el *convivium paschal***

Unión con Cristo a través del sacrificio redentor, y unión en la Iglesia; por lo tanto, es cierto que la Eucaristía es comunión-unión, expresión y realización de la fraternidad de los discípulos de Cristo. Asimismo, en el lenguaje de los papas, la Eucaristía se denomina la mesa santa o el banquete sagrado (*convivium*). Así lo afirma Benedicto XIV, en la encíclica *Certiores effecti*, 13, XI 1742.

Pío XII afirmaba: «El augustísimo sacrificio del altar concluye con la comunión en la comida divina. Sin embargo, para asegurar la integridad de este sacrificio, basta con que comulgue el sacerdote» (*Mediator Dei*).

La comida divina es, por tanto, un acto del sacrificio, su conclusión.

«Allí, sentados juntos a la misma mesa divina, participantes del mismo banquete espiritual, todos unidos en Cristo y formando en Él una sola familia, un solo cuerpo, sentiréis cómo se enciende la caridad...» (mensaje radiofónico del 31 de octubre de 1948)

Esta comida es un «signo eficaz de la unión íntima que Dios desea establecer con cada uno de los hombres». (Alocución del 12 de septiembre de 1956)

El Concilio Vaticano II puso de relieve el estrecho vínculo que existe entre la Eucaristía y la vida de la Iglesia: «Al participar realmente del Cuerpo del Señor en la fracción del pan eucarístico, somos elevados a la comunión con Él y entre nosotros. «Puesto que hay un solo pan, todos formamos un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan (1 Cor. X, 17)» (L.G. 7)».

La Cena, y por tanto la misa, actualiza el sacrificio del Calvario bajo la forma de una comida. El Catecismo de la Iglesia Católica afirma que el sacrificio eucarístico está totalmente orientado a la unión íntima de los fieles con Cristo (CIC 1384). Por lo demás, según la teología, la *res et sacramentum* (presencia real de Cristo bajo las dos especies) es signo y causa de la *res tantum* (unión con Cristo).

Por último, inscrito en el sacrificio redentor, este banquete es el preludio del banquete celestial, la *mensa caelestis*: «El Señor ha dejado a los suyos las arras de esta esperanza y un alimento para el camino: el sacramento de la fe, en el que los elementos de la naturaleza, cultivados por el hombre, se transforman en su Cuerpo y en su Sangre gloriosa. Es la comida de la comunión fraterna, una anticipación del banquete celestial» (G.S. 38). De ahí se ve que, conforme a la antífona *O sacrum convivium*, la dimensión comunitaria se inscribe y culmina en una dimensión esencialmente teocéntrica que parte del sacrificio redentor y culmina en la perfecta unión con Dios.

Estos dos aspectos de la Eucaristía (comida y sacrificio) no son, por tanto, contradictorios. El sacrificio está orientado a la unión de los fieles con Cristo. Esta unión se inscribe en el sacrificio redentor renovado en el transcurso de cada misa. (cf. Mensaje radiofónico de Pío XII al Congreso Eucarístico Internacional de Río. 24 de julio de 1955)

### **La razón del carácter sacrificial de la Eucaristía**

El sacerdote, en el altar, realiza verdaderamente un sacrificio, el de la Cruz hecho sacramentalmente presente.

En esa misma carta del Jueves Santo, Juan Pablo II afirma con mayor fuerza: «La Eucaristía es ante todo un sacrificio: sacrificio de la Redención y, al mismo tiempo, sacrificio de la nueva alianza. El celebrante realiza el acto sacrificial [...] haciendo presente el único sacrificio redentor».

¿Cómo? «Este sacrificio, realizado mediante la consagración de las santas especies, hace presente de nuevo, de manera sacramental y no sangrienta, el sacrificio sangriento de propiciación que Cristo ofreció al Padre en la Cruz por la salvación del mundo. Solo Él, en efecto, al ofrecerse como víctima de propiciación en un acto de entrega suprema y de inmolación, ha reconciliado a la humanidad con el Padre por su sacrificio único» (n.º 9). La doble y distinta consagración del pan y del vino hace presente de manera sacramental el sacrificio de la Cruz, sacrificio de salvación.

En otro lugar, el Papa afirma:

Bajo estas especies, ha confiado su sacrificio a la Iglesia, el único sacrificio. (Carta de JS. 97 n.º 3)

Los sacerdotes son ministros de este sacramento en el que el sacrificio que Él ofreció por la Redención del mundo debe seguir renovándose y actualizándose. (Carta de JS. 85 n.º 2)

De estos textos se desprende que, por la ordenación, el sacerdote es realmente sacrificador en el sentido de que su acción consiste, *in persona Christi*, en actualizar el sacrificio redentor. En esto, la Eucaristía prolonga el Calvario y atrae a todos los fieles hacia él. La Eucaristía es un sacrificio porque la Redención se actualiza por ella en todos los fieles. Cabe señalar que el Papa afirma el carácter propiciatorio y salvífico del sacrificio eucarístico.

## El Concilio de Trento

La teología expresada en el Concilio de Trento, y que el Concilio Vaticano II reafirmó, se recoge en dos decretos:

El decreto sobre la Eucaristía, promulgado en la 13.<sup>a</sup> sesión, se centra en la Eucaristía como sacramento, en particular en la transubstanciación, que no es objeto de nuestro tema. Se dice, sin embargo, que Cristo quiso este sacramento para que «sea recibido como alimento espiritual de las almas, que alimente y fortalezca a quienes viven de la vida de Aquel que dijo: “El que me come, vivirá también por mí”» (DS.1638).

Esta comida aquí en la tierra es el prelude de la comida de la eternidad, en la que se comerá «sin ningún velo el pan de los ángeles que ahora comemos bajo los velos sagrados» (DS.1650).

Este sacramento es también el del sacrificio de la misa, definido en un decreto promulgado en la 22.<sup>a</sup> sesión.

La Eucaristía es un sacrificio verdadero, propio y único (*verum, proprium et singulare*). No es otro sacrificio que el de la Cruz, que ella hace presente, de una manera diferente, no sangrienta y sacramental. Es el mismo Salvador quien está contenido e inmolado sacramentalmente sobre el altar eucarístico, bajo el signo de la separación de las especies.

Así, como lo retomará la secreta del noveno domingo después de Pentecostés, «Cada vez que celebramos el sacrificio eucarístico, se realiza la obra de nuestra Redención». La misa aplica en cada tiempo y en cada lugar el sacrificio de la Cruz y confirma así la palabra de Cristo: «Cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí».

Sacrificio visible, la misa es un sacrificio propiciatorio del cual «si nos acercamos a Dios con un corazón sincero, con una fe recta, con temor y respeto, contritos y penitentes, obtenemos misericordia y encontramos la gracia, para una ayuda oportuna». (DS 1743) Por la misa, «la virtud salvífica de la Cruz se aplica a la redención de los pecados que cometemos cada día». (DS 1740)

Sacrificio ofrecido, por fin, por los vivos y los difuntos.

La teología tridentina no separa el sacrificio de la mesa eucarística, ya que esta es la mesa del sacrificio a la que estamos invitados. Es la nueva Pascua que sustituye a la de los hebreos, la ofrenda pura ofrecida en todo lugar en nombre del Señor y que el apóstol san Pablo «designó claramente cuando dijo que aquellos que se han contaminado participando en la mesa de los demonios no pueden participar en la mesa del Señor, entendiendo, por la palabra mesa, el altar». (DS.1744) Observemos la identidad entre la mesa y el altar.

La comida es, pues, la del sacrificio del Señor, del cual, al comulgar, obtenemos la Redención y la gracia de la vida espiritual, prenda de la eternidad.

Esta teología tridentina concuerda perfectamente con la frase de santo Tomás: «*Sacrificium per modum cibi*».

La misa es, por tanto, un sacrificio real y verdadero —oblatio e immolatio— sustancialmente idéntico al de la Cruz, que en ella se repite de modo sacramental; es también sacrificio de comunión por medio del alimento.

Que esta doctrina haya sido interpretada en un sentido fisicista, buscando dar al sacrificio de la misa una identidad propia y distinta de la de la Cruz, es indudable, y se ha visto florecer, junto a las teorías meramente oblacionistas, una multitud de teorías inmolacionistas que buscaban dar al sacrificio de la misa una identidad que no lo refiriera a la Cruz (teoría de la palabra del sacerdote como una espada, de la *fractio panis* considerada como una inmolación...).

Sin embargo, no por ello deja de ser cierto que el sacrificio eucarístico hace presente de otro modo, pero realmente, el sacrificio de la Cruz, de tal manera que en este sacrificio, «la Iglesia inmola a Cristo por medio de los sacerdotes» (DS 1741), en esta inmolación incruenta que se significa sacramentalmente y, por tanto, se hace realmente presente bajo la separación de las especies.

El concilio insistió finalmente en el valor de la llamada misa privada, es decir, celebrada fuera de la comunidad. (DS 1747)

### **Valor de toda misa privada**

Esta doctrina, recibida unánimemente, pero a veces mal entendida, fue puesta en entredicho durante el pontificado de Pío XII, ya que algunos liturgistas tendían a concebir el sacrificio de la misa únicamente en una dimensión comunitaria que relegaba a un segundo plano la noción de sacrificio. El énfasis dado al *Convivium*, al ocultar el sacrificio, se manifestaba en el rechazo de las misas privadas, en las que la dimensión comunitaria ya no era visible. Esto confería a la Cena y, por tanto, a la misa, una realidad propia que se limitaba al banquete. En esto, aunque con conclusiones opuestas, su concepción no difería de la de los siglos anteriores, que buscaba en la misa un sacrificio distinto al de la Cruz. Unos y otros conferían a la *fractio panis* una identidad separable y propia, como sacrificio (M. Cano) o como comida fraternal independiente en sí misma (los modernos).

El papa Pío XII reaccionó, en particular, en la encíclica *Mediator Dei*. Intervino en una época en la que ciertos abusos en la teología del Cuerpo místico llevaban a no reconocer ya ningún valor a toda celebración que careciera de carácter comunitario. Lo que era cierto en el ámbito más amplio del culto divino se trasladaba también a su núcleo, a saber, el santo sacrificio eucarístico.

El Papa retoma la doctrina del Concilio de Trento sobre la verdad del sacrificio de la misa, insistiendo en la identidad de este sacrificio con el del Calvario: «El santo sacrificio del altar no es, pues, una mera conmemoración de los sufrimientos y la muerte de Jesucristo, sino un verdadero sacrificio, en sentido estricto, en el que, mediante una inmólación incruenta, el Sumo Sacerdote hace lo que hizo en la Cruz, ofreciéndose a sí mismo al Padre eterno como una hostia muy agradable». En este sacrificio, el Sacerdote es el mismo, Cristo que se ofrece en el Sacerdote, *alter christus*; la víctima es idéntica; los fines son los mismos, a saber:

- «1 - glorificación del Padre celestial,
- 2 - acción de gracias, expiación
- 3 - propiciación y reconciliación
- 4 - impetración».

Retomando la teología paulina de la Redención, el papa Pío XII afirma que el sacrificio eucarístico hace efectiva la obra de la Redención mediante un «contacto vital de las almas de todos los tiempos con el sacrificio de la Cruz». Así, «Cristo, tras haber redimido al mundo al precio muy precioso de sí mismo, entra efectivamente en posesión real de las almas de los hombres».

Es la Iglesia la que sigue ofreciendo e inmólando.

En varias ocasiones, el papa Pío XII tuvo que renovar esta enseñanza y reafirmar el vínculo entre el sacerdocio y el sacrificio, y cuánta valía tiene en sí misma toda misa, al ser acción de Cristo, se celebre o no con la asistencia de los fieles.

Discurso al episcopado (2 de noviembre de 1954)

La función propia y principal del sacerdote fue siempre y sigue siendo ofrecer el sacrificio, de modo que allí donde no hay poder de sacrificar propiamente dicho, tampoco hay verdadero sacerdocio.

La deriva doctrinal no socavaba directamente la noción de sacrificio, sino que ponía en primer plano el elemento comunitario hasta el punto de afirmar que existe «un cierto poder real de sacrificio para todos aquellos que asisten piadosamente al sacrificio de la misa, aunque sean laicos».

Para estos liturgistas, «el mandamiento de Cristo, “Haced esto en memoria mía”, se dirige directamente a toda la Iglesia de los cristianos».

Para el Papa, «la celebración de una sola Santa Misa a la que asisten religiosamente cien sacerdotes no equivale a cien misas celebradas por cien sacerdotes... Hay tantas acciones de Cristo Sumo Sacerdote como sacerdotes que la celebran».

Porque la misa es la acción de Cristo.

Con motivo del congreso internacional de pastoral litúrgica celebrado en Asís, Pío XII pronunció un importante discurso el 22 de septiembre y reafirmó una vez más el valor de la misa privada

como sacrificio y acción de Cristo Sacerdote. El Papa insistió en la dimensión sacrificial del culto litúrgico: «Así como el altar y el sacrificio dominan el culto litúrgico, hay que decir de la vida de Cristo que está enteramente dominada por el sacrificio de la Cruz».

Todo ello no resta en absoluto a la necesidad de que los fieles se acerquen a la mesa santa, pero es importante ver cómo la comunión, el *convivium*, es comunión con el sacrificio de Cristo y de la Iglesia. La dimensión comunitaria solo es, pues, verdadera en esta unidad con Cristo en su sacrificio. Este último no puede subordinarse a la acción colectiva. Y, sobre todo, no se puede reducir la acción del sacerdote que celebra, *la actio Christi*, a la de los fieles que se asocian activamente a esta acción de Cristo, *seipsum sacrificantis et offerantis*.

«El sacrificio eucarístico no es, en sentido estricto, una concelebración» (discurso del 2 de noviembre de 1954) y Pío XII refuta a quienes piensan que «los sacerdotes deberían concelebrar con el pueblo presente en lugar de ofrecer el sacrificio en particular en ausencia del pueblo» (*ibíd.*)

Cabe señalar, de paso, que, in extremis, el Código de 1983 se sitúa en la misma línea de pensamiento cuando quiere dejar a cada sacerdote «la libertad de celebrar la Eucaristía individualmente» (c. 902).

## **El debate en el Concilio Vaticano II**

Como hemos visto en los actos de Su Santidad Juan Pablo II, el Papa advierte contra una concepción de *la Eucaristía-convivium* en un sentido únicamente horizontal, como comida fraternal. Separar la Eucaristía (nos referimos a la celebración eucarística) de su dimensión actualmente sacrificial sería vaciarla de su contenido y desnaturalizar la unión con Cristo.

El debate se planteó abiertamente durante el Concilio Vaticano II, en la discusión sobre la constitución de la liturgia.

Se trata del cap. 2 y, en particular, de la definición de la misa, en el n.º 47. Antes del texto definitivo, se contaron no menos de cuatro borradores. Fue el último el que provocó fuertes reacciones en la congregación general, en particular la del cardenal Béa. Este último reprochaba al texto que no tuviera en cuenta la enseñanza del Concilio de Trento sobre el aspecto sacrificial. El cardenal Brown O.P. lo respaldó mostrando, a partir de santo Tomás de Aquino, la debilidad del texto que pretendía inspirarse en él. «La Eucaristía, tal y como expone claramente santo Tomás, es el sacramento y el sacrificio de Cristo que sufre y de Cristo que muere, doctrina que está contenida en la antífona *O Sacrum convivium*».

He aquí el texto propuesto a los Padres

conciliares: El misterio de la Eucaristía.

«Nuestro Salvador, en la Última Cena, la noche en que fue entregado, mandó a sus apóstoles que celebraran

esta cena pascual (*convivium*) en memoria de Él, hasta que Él viniera. Quería así que se representara su victoria sobre la muerte y su triunfo, y que fuera para la Iglesia, su

Amada Esposa, el gran sacramento de la Fe, la fuente y el modelo de la unidad, el sacrificio de alabanza, la prenda y la figura del banquete del Cielo». (ASSCV, Volumen II, Periodus Secunda, Pars II, CG X.III, p. 283)

Las intervenciones llevaron a la comisión conciliar de liturgia a enmendar el preámbulo de este c. 2. La enmienda obtuvo 2278 votos de un total de 2298 votantes (12 en contra, 1 a favor con condiciones, 7 nulos), es decir, una casi unanimidad. Fue la enmienda más votada de toda la constitución.

El texto aprobado es el siguiente:

Nuestro Salvador, en la Última Cena, la noche en que fue entregado, instituyó el sacrificio eucarístico de su Cuerpo y de su Sangre para perpetuar el sacrificio de la Cruz a lo largo de los siglos, hasta que Él venga, y además para confiar a la Iglesia, su amada Esposa, el memorial de su muerte y de su resurrección: sacramento del amor, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual en el que se come a Cristo, se colma el alma de gracias y se nos da la garantía de la gloria futura.

Vemos en este texto que el sacrificio eucarístico define el sacramento instituido por Nuestro Señor durante la Última Cena, y que esta última, es decir, la misa, solo tiene realidad en referencia al sacrificio de la Cruz que tiene por objeto renovar a lo largo de la historia terrenal de los hombres hasta el regreso de Cristo. La noción de banquete está ligada a ella, como término de este sacrificio, y en su dimensión escatológica, vertical, según la bella antífona de santo Tomás de Aquino.

La Congregación de Ritos, en una instrucción del 25 de mayo de 1967: «Por eso la misa, o Cena del Señor, es a la vez e inseparablemente:

- el sacrificio en el que se perpetúa el sacrificio de la Cruz;
- el memorial de la muerte y resurrección del Señor que prescribe: «Haced esto en memoria mía»;
- el banquete sagrado en el que, mediante la comunión con el cuerpo y la sangre del Señor, el pueblo de Dios participa de los bienes del sacrificio pascual, actualiza la nueva alianza sellada de una vez por todas por Dios con los hombres en la sangre de Cristo y en la fe y la esperanza, prefigura y anticipa el banquete escatológico en el reino del Padre, anunciando la muerte del Señor «hasta que él venga».

En la misa, el sacrificio y el banquete pertenecen, pues, al mismo misterio de tal manera que están estrechamente unidos entre sí.

En el sacrificio de la misa, el Señor es, en efecto, inmolado «cuando comienza a estar sacramentalmente presente en las especies del pan y del vino como alimento espiritual de los fieles». Y con este fin, Cristo ha confiado este sacrificio a la Iglesia para que los fieles participen en él, tanto espiritualmente, mediante la fe y la caridad, como sacramentalmente, mediante el banquete de la santa comunión.

La participación en la Cena del Señor es siempre, de hecho, la comunión con Cristo que se ofrece al Padre por nosotros en sacrificio».

El debate se reavivó con motivo de la promulgación del N.O.M. Aunque el propio monseñor Bugnini afirmó, durante una sesión plenaria de la comisión para la reforma de la liturgia, que *la institutio generalis* del N.O.M. no era un texto dogmático, ni pretendía ofrecer una definición de la misa, hay que reconocer, sin embargo, que el artículo 7 causó tal sorpresa que hubo que corregirlo ya en la segunda edición del misal. El texto primitivo definía la misa «como una simple asamblea» (*synaxis*) y solo retenía la dimensión de la comida, excluyendo el sacrificio: «La Cena del Señor es la *synaxis* sagrada o la reunión del pueblo de Dios que se reúne bajo la presidencia del sacerdote para celebrar el memorial del Señor».

Por el contrario, y tal es la fe de la Iglesia católica, la segunda versión recuperó el sentido tridentino de la misa: «En la misa o Cena del Señor, el pueblo de Dios es convocado y reunido, bajo la presidencia del sacerdote que representa la persona de Cristo, para celebrar el memorial del Señor o sacrificio eucarístico... En efecto, en la celebración de la misa, donde se perpetúa el sacrificio de la Cruz, Cristo está realmente presente...»

Del mismo modo, en el n.º 48 se añade esta incisión sobre la Última Cena: «Cristo instituye el sacrificio y el banquete pascual por el cual el sacrificio de la Cruz se hace presente sin cesar...»

También en los n.º 55 y 60 se ha añadido la noción de sacrificio.

En esta misma edición de 1970 se añadió un preámbulo que pretende vincular el rito de la misa a la doctrina ineludible del Concilio de Trento:

así, en el nuevo misal, la regla de oración de la Iglesia se corresponde con su constante regla de fe: esta nos advierte que, salvo por la forma de ofrecer, que es diferente, existe identidad entre el sacrificio de la Cruz y su renovación sacramental en la misa que Cristo Señor instituyó en la Última Cena y que ordenó a sus apóstoles que hicieran memoria de él; y que, por consiguiente, la misa es a la vez sacrificio de alabanza, de acción de gracias, de propiciación y de satisfacción.

Cabe lamentar, pues, que cambios tan significativos en la presentación del rito no hayan tenido ninguna incidencia en el rito mismo.

### **Mysterium Fidei**

En todas estas discusiones, el magisterio se basaba en la identidad entre la misa y el sacrificio de la Cruz, identidad definida en Trento, refiriéndose la Santa Cena a su vez al sacrificio del Calvario, «que Cristo anticipó de manera incruenta en la Última Cena» (discurso del 2 de noviembre de 1954).

Esta doctrina tridentina fue resumida en la hermosa encíclica de Pablo VI, *Mysterium Fidei*.

En el misterio eucarístico se representa de manera maravillosa el sacrificio de la Cruz consumado de una vez por todas en el Calvario; en él se hace presente sin cesar el sacrificio en nuestra memoria y su virtud salvífica se aplica a la remisión de los pecados que se cometen cada día. (N.º 23)

Y cuando san Pablo habla de la mesa del Señor, se refiere precisamente al sacrificio eucarístico en el que participan los cristianos (n.º 25), de manera comunitaria y eclesial en el banquete.

Sacrificio ofrecido de manera incruenta, tanto por los vivos como por los difuntos, según el testimonio de Cirilo de Jerusalén (CEC.23)

Durante este sacrificio, toda la Iglesia es a la vez ofrenda y ofrenda, sacerdote y víctima unida a Cristo (28).

En consecuencia, cada misa tiene un valor inestimable, sea cual sea la necesidad pastoral concreta: «La misa, aunque sea celebrada en particular por un sacerdote, no es nunca por ello un acto privado, sino una acción de Cristo y de la Iglesia, que ha aprendido a ofrecerse a sí misma, en el sacrificio que ofrece, como sacrificio universal, aplicando a la salvación del mundo entero la virtud redentora única e infinita del sacrificio de la Cruz. No hay misa que no se ofrezca por la salvación del mundo entero y no solo por la salvación de unas pocas personas.

Por consiguiente, si bien es muy conveniente que en la celebración de la misa participen activamente los fieles en gran número, no hay que censurar, sino al contrario aprobar, la celebración de la misa en privado, conforme a las prescripciones y tradiciones de la Santa Iglesia, por un sacerdote con un solo ministro para servirla. Y es que esta misa asegura una gran abundancia de gracias especiales en beneficio tanto del propio sacerdote como del pueblo fiel y de toda la Iglesia, e incluso del mundo entero, gracias que no podrían obtenerse tan ampliamente mediante la sola comunión». (*Mysterium Fidei* 29-30)

La sola comunión no tiene, pues, tanto efecto como el sacrificio ofrecido, que aplica aquí en la tierra los frutos infinitos del sacrificio de la Cruz<sup>1</sup>. El Sumo Pontífice insiste, por último, en que los fieles se acerquen diariamente a la mesa santa para sacar de ella fuerza y purificación, a fin de vivir de la unidad del Cuerpo místico de Dios, según las palabras de san Agustín: «que quien quiera vivir se adhiera al Cuerpo, que viva de Dios y para Dios».

Mesa celestial es la de la Eucaristía que, purificándonos, nos eleva a Dios y nos prepara para la vida de la eternidad.

Esta cuestión de la separación de la comunión del sacrificio ha vuelto a ser de actualidad en el marco de las celebraciones sin sacerdote. Ante la idea que se está extendiendo entre los fieles de considerar el sacrificio en sí mismo como facultativo, de modo que la misa se convierte ya solo en una confección de hostias consagradas, la reflexión en ciertos círculos eclesiásticos franceses lleva a querer prohibir la

comuni3n cuando no se celebra la misa y a reducir la celebraci3n a la liturgia de la Palabra. De ah3 se deduce que solo la dimensi3n sacrificial da su pleno sentido a la comuni3n eucar3stica.

La uni3n entre estos conceptos de comida y comuni3n, que estaban en tensi3n en la 3poca del concilio, se armoniza en el canon 897 del c3digo de 1983:

El sacramento m3s venerable es la Sant3sima Eucarist3a, en la que el mismo Cristo Se3or est3 presente, se ofrece y se recibe, y por la cual la Iglesia vive y crece continuamente. El sacrificio eucar3stico, memorial de la muerte y resurrecci3n del Se3or, en el que se perpet3a a lo largo de los siglos el sacrificio de la Cruz, es la cumbre y la fuente de todo el culto y de toda la vida cristiana, por el cual se significa y se realiza la unidad del pueblo de Dios y se completa la edificaci3n del Cuerpo de Cristo. En efecto, los dem3s sacramentos y todas las obras de apostolado de la Iglesia est3n estrechamente vinculados a la sant3sima Eucarist3a y a ella ordenados.

Tres dimensiones definen, pues, el sacramento de la Eucarist3a:

Cristo est3 contenido en ella (transubstanciaci3n), se ofrece en ella (sacrificio real) y se recibe en ella (comuni3n).

Estas tres dimensiones son inseparables. El sacrificio se realiza por la presencia de Cristo bajo las dos especies y contin3a la obra de la Redenci3n.

## **Conclusi3n**

El Catecismo de la Iglesia Cat3lica, tras haber recordado ampliamente la doctrina del Concilio de Trento sobre el santo sacrificio (P. II, sect. II, c1, a3, V), parece querer intentar reunir el sacrificio y el banquete pascual, con el fin de poner fin a las tensiones que acabamos de ver.

«La misa es a la vez e inseparablemente el memorial sacrificial en el que se perpet3a el sacrificio de la Cruz y la cena sagrada de la comuni3n con el cuerpo y la sangre del Se3or. Pero la celebraci3n eucar3stica est3 totalmente orientada hacia la uni3n 3ntima de los fieles con Cristo por medio de la comuni3n. Comulgar es recibir a Cristo mismo, que se ha ofrecido por nosotros».

Aislar el sacrificio de la comuni3n ser3a desconocer la novedad de la nueva alianza, que no se limita a un rito, a un sacrificio exterior como los del Antiguo Testamento. La renovaci3n de la nueva Ley en Cristo es interior, y el propio sacrificio exterior, el de Cristo tambi3n, significa el sacrificio interior del alma que se ofrece a Dios, el sacrificio de su voluntad obediente hasta la muerte, que se une al Padre.

Este sacrificio interior, seg3n santo Tom3s, se simboliza en la comuni3n (III 82, 4).

El culto cristiano ya no es un culto ineficaz, sino que renueva desde dentro, integra a los fieles en Cristo que se ofrece como víctima que santifica purificando del pecado. El sacrificio hecho presente por la presencia del cuerpo y la sangre de Cristo separados en las especies (*vi verborum*) —*res et sacramentum*— se consume en la *res tantum*, que es la obra de la Redención, la unión de los hombres con Cristo.

Asimismo, la santa comunión del sacerdote, ministro sacrificador, «es absolutamente necesaria» y asegura la integridad del sacrificio eucarístico (*Mediator Dei*).

El sacerdote comulga *in persona Ecclesiae* por todos los miembros como cabeza.

Negarse a ver que el sacrificio eucarístico encierra en sí mismo el banquete de las bodas del Cordero, banquete que alcanzará su plenitud en la mesa celestial (*Mensa Caelestis*), es no ver que la glorificación de Dios se realiza en la santificación de la Iglesia y que no es separable de ella.

Por el contrario, aislar el banquete del sacrificio es olvidar hasta qué punto la Redención debe estar siempre en acción. Pero es cierto que, en una época en la que el sentido del pecado se desmorona, la noción de sacrificio propiciatorio se desvanece. Sin embargo, es doctrina constante de la Iglesia que este sacrificio debe realizarse por la salvación de los vivos y de los difuntos:

Ya Benedicto XIV reafirmó este punto:

Debemos decir que a ningún fiel puede venirle a la mente que las misas privadas en las que solo comulga el sacerdote pierdan por ello el carácter de sacrificio incruento, perfecto y completo, instituido por Cristo Nuestro Señor, y que, por consiguiente, deban considerarse ilícitas.

Pío XII se hace eco de ello:

Se apartan, pues, del camino de la verdad aquellos que no quieren celebrar el santo sacrificio si el pueblo cristiano no se acerca a la mesa santa; y se apartan aún más quienes, alegando que es absolutamente necesario que los fieles comulguen con el sacerdote, afirman peligrosamente que no se trata solo de un sacrificio, sino de un sacrificio y de una comida de comunidad fraternal, y hacen de la comunión celebrada en común el punto culminante de toda la ceremonia. Hay que señalar una vez más que el sacrificio eucarístico consiste esencialmente en la inmolación incruenta de la Víctima divina, inmolación que se indica místicamente mediante la separación de las santas especies y su oblación al Padre eterno. (*Mediator Dei*)

El altar del Señor es, pues, también la mesa. «El altar, en torno al cual se reúne la Iglesia en la celebración de la Eucaristía, representa los dos aspectos de un mismo misterio: el altar del sacrificio y la mesa del Señor, y esto tanto más cuanto que el altar cristiano es el símbolo del mismo Cristo, presente en medio de la asamblea de sus fieles, a la vez como víctima ofrecida para nuestra reconciliación y como alimento celestial que se nos da». (CIC 1383).

La razón fundamental de esta doctrina reside en el dogma de nuestra fe de que la encarnación del Verbo es redentora *propter nostram salutem*, y que separar la Eucaristía-comunión, el *convivium*, de la Eucaristía-sacrificio equivale a separar la encarnación de Cristo en su unión con el fiel, de la Redención que debe realizarse actualmente en ese fiel. Esto es lo que expresa León XIII en su hermosa encíclica *Mirae Caritatis* del 28 de mayo de 1902.

Si Dios, en efecto, ha hecho todo lo que está por encima de la naturaleza, lo ha relacionado con la Encarnación del Verbo, por la cual debía realizarse la restauración y la salvación del género humano, según las palabras del apóstol: «Se propuso... restaurar en Cristo todo lo que está en el cielo y todo lo que está en la tierra». La Eucaristía, según el testimonio de los santos Padres, debe considerarse como una continuación y una extensión de la Encarnación; por ella, la sustancia del Verbo encarnado se une a cada uno de los hombres y el supremo sacrificio del Calvario se renueva de manera admirable, según esta profecía de Malaquías: «En todo lugar se sacrifica y se ofrece a mi nombre una ofrenda pura».

Así, la Eucaristía, al referirse a la encarnación del Verbo, es esencialmente redentora. Une a los fieles con Cristo, y a los fieles entre sí (*convivium*), sumergiéndolos en la muerte y resurrección de Cristo por su sacrificio, en el que participan, para que vivan en Dios.

Terminaré con gusto con esta frase de Juan Pablo II citada al principio de esta conferencia: «El sacerdocio de todos los sacerdotes, y por tanto la Eucaristía, que está estrechamente ligada a él, se inscribe en el misterio de la Redención».